

CARLOS MASTRONARDI: *Cuadernos de vivir y pensar (1930-1970)*. Prólogo de Juan Carlos Ghiano. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1984. XVI más 347 p., 20 x 14 cm. Con un retrato del autor.

En 1982, también con prólogo de Ghiano, la Academia Argentina de Letras publicó las *Poesías completas* de Mastronardi con

el atractivo de trece composiciones hasta entonces no recogidas en libro. Ahora, estos *Cuadernos* nos traen el testimonio de cuarenta años de sostenida voluntad de ponerse en claro consigo mismo en una prosa de sobria y trabajada eficacia. Contamos así con una suerte de biografía interior —para Mastronardi la única que consideraba realmente suya— donde la lucidez jamás condesciende con los apremios del momento y, precisamente por eso, más atenta a la riqueza benévola o amenazadora del mundo. Esta vocación de retiro sereno en un hombre que se caracterizó por su buena compañía ha de ser destacada. Constituye, en efecto, uno de los rasgos definitorios de la actitud esencial que orienta y apunta la diversa temática de unas meditaciones desde ahora indispensables. No sólo se cifra en ellas el autor en su cabal fisonomía sino que nos ayudan a comprender toda una época tan cercana como a menudo tergiversada.

“Hace años que ignoro el reloj. Así me defiendo de la *pressante* vida urbana. Para superar un problema no hay mejor cosa que desdeñarlo. Pude sobrevivir en la ciudad. Sin clepsidras” (p. 250).

O bien, con ironía que no retrocede ante verdades consabidas e incómodas:

“Soporto bien la soledad, pero me asombra el temor y la angustia de la gente que hoy la padece. Aumentan las concentraciones urbanas, la ciudad impone su estilo gregario, los hombres se amontonan. Sin embargo, la soledad se vuelve terrible. Técnica *insocial*” (p. 342)

El manuscrito original de Mastronardi se compone de nueve cuadernos que su devoto discípulo, el poeta Jorge Calvetti, se encargó de mecanografiar con vistas a la edición realizada por Ghiano. Elección inmejorable. Amigo también y conocedor excelente de su obra, Ghiano ya se había encargado con recordada solvencia de editar un ensayo admirable del mismo autor: *Valéry o la infinitud del método* (1955).

El criterio filológico seguido para los *Cuadernos* nos es explicado en pocas y justas líneas. A Ghiano le corresponden el título —indudablemente certero—, “la supresión de algunas notas, con aires de efusiones entre amigos muy cercanos; la regularización grá-

fica y ciertos retoques ortográficos (p. XV y XVI)''.

Poco antes, el prologuista aproxima las notas que pueden denominarse de teoría literaria con las de otros coetáneos "preocupados por situarse con nitidez en el amplio campo de la literatura" (p. XIV). Cita así a Eduardo González Lanuza, *Variaciones sobre la poesía*, 1943; a Eduardo Mallea, *Notas de un novelista*, 1954; a Francisco Luis Bernárdez, *La copa de agua*, 1963 y, en fin, *Los cuadernos de navegación*, 1966, de Leopoldo Marechal. La enumeración es estimulante. Nos incita a un estudio crítico sobre la idea de la literatura que tuvieron cada uno de estos escritores y, sobre todo, nos propone el deslinde de coincidencias profundas en una promoción que cada día se nos manifiesta más intensa y rica en sus proyecciones actuales.

Considera Ghiano que las reflexiones de Mastronardi denotan una afinidad con "las modalidades aforísticas" del Juan de Mairena de Antonio Machado. En este terreno añadiría yo una relación profunda con los moralistas franceses mayores y menores que precedieron y siguieron a Voltaire, maestros de la frase ceñida a la observación sugestiva y bien educada. El propio Mastronardi, por lo demás, propicia y justifica este parentesco:

"Soy un escéptico risueño, tranquilo. Me pienso un prófugo del declinante y matinal siglo XVIII" (p. 348)

Ghiano esboza lo que considera una primera posibilidad para ordenar el contenido de los *Cuadernos*. Distingue entre "las meditaciones sobre la vida" y las notas que se refieren directamente al arte, sea literario, musical o plástico. Puntualiza, además, que estas referencias estéticas denotan una coherente atención a la circunstancia total del momento y, en estrecha vinculación, al planteo siempre ahondado de qué ha de entenderse por arte nacional. Respecto de este último punto, recordemos, de paso, que le debemos a Mastronardi uno de los ensayos más ágiles, agudos y, no sobre recalcarlo, menos pedantes sobre la Argentina y los argentinos. Me refiero a *Formas de la realidad nacional* (1961), un libro mucho menos difundido, meditado y discutido de lo que merece.

Resulta difícil, y a fin de cuentas bastante injusto, extraer de los *Cuadernos* unos pocos ejemplos que lo representen sin empobrecerlos. Tienen la virtud de que, abiertos al azar, jamás nos defraudan. Me conformo, sin insistir en una continuidad de perspec-

tiva que aparta definitivamente el volumen de una mera colección de fragmentos, a transcribir tres pasajes donde el autor no esquiva la polémica.

“El realismo literario supone una realidad pobre, casi ausente. Así, desde Echeverría hasta Sicardi” (p. 257).

“Muchos poetas son largueros (extensos) por inseguridad: no saben cuál de sus líneas puede salvar el texto” (p. 223).

Para terminar:

“Cuando yo era joven, hace poco tiempo (cincuenta años atrás) los escritores giraban en torno a un eje literario. También las incidencias eran puramente literarias y casi nunca llevaban al fanatismo obstinado. Hoy los escritores se dividen en función de lo social, de lo cuantitativo y de lo político. Ciertos jóvenes de Córdoba se asombraron cuando les dije que los presuntos adversarios podían discrepar pero no rehusaban el diálogo. En nuestros días violentos y románticos ese pasado resulta sospechoso. Lo curioso es que los jóvenes de hoy afirman que corren malos tiempos para la poesía. No advierten que ellos mismos *estimulan* ese ocaso. Como todo se vuelve política, protesta y compromiso, no hay lugar para el poema” (p. 353-354).

Adolfo Ruiz Díaz